



Varité

¿Un mundo feminizado?



El reciente Simposio de Miami, la inminente visita a nuestra Escuela de Elisa Alvarenga[1] y el próximo Congreso de París, nos han puesto a reflexionar respecto del universo femenino, el siglo XXI y el desorden de lo real. *¿Qué es esta idea de "la feminización del mundo"?*

Se habla de "un ascenso al cénit del objeto a", con consecuencias capitales para el ser del sujeto; consecuencias en su modo de gozar, en la relación con su cuerpo, en las presentaciones sintomáticas, en la estructuración de los lazos libidinales. Metamorfosis en el seno de nuestra civilización, que el psicoanálisis está comprometido a interpretar.

En el marco de las actividades que compartiremos con Elisa Alvarenga, iluminaremos estos interrogantes aproximándonos y explorando el tema desde la perspectiva de las adicciones y la homosexualidad femenina.

Para comenzar a introducirnos en el asunto, hemos escogido un fragmento de una extensa e interesantísima entrevista que realizaron nuestros colegas de Paraíba, de la delegación de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis, quienes gentilmente nos han autorizado a difundir en nuestra web, que hemos titulado **Alcohol y drogas: la aspiración a un goce sin límites**.

El goce sin límites, un goce generalizado de nuestra época, que trasunta en los síntomas que estamos llamados a atender. Dice EA, *"Si Lacan pudo decir que en la toxicomanía hay una ruptura con el falo, creo que podemos pensar que, también en los síntomas contemporáneos está en juego una cierta ruptura con el falo, que está corto-circuitado en función de una relación más directa con el objeto a"*.

Podemos leer allí, también, cómo, de una manera muy clara y con anclaje en la clínica, Elisa nos transmite la estrategia del psicoanálisis en el abordaje de las toxicomanías. Sin exigir una abstinencia total, asumiendo la necesidad del objeto para el establecimiento de un lazo con el Otro, orientándonos hacia un nuevo arreglo del sujeto con su goce. Afirma, *"Sí pensamos que podemos conectarle al Otro y eventualmente, al inconsciente, y moderar el goce auto-erótico, abrirle el horizonte para que él tenga más oportunidades de elegir, introduciendo una dosis de contingencia en lo necesario del síntoma, pero sólo sabremos lo que es posible uno por uno"*.

En su texto, **"Margareth y otras homosexuales del siglo XXI"**, Agnès Aflalo[2] nos comparte algunas interesantes observaciones sobre una serie de curas de sujetos homosexuales, que nos enseña como "lo que dicen estas analizantes, sus dichos, están ordenados por un decir que hace existir La mujer", construyendo la ficción de La mujer no castrada, en un empuje hacia la misma lógica infinita S (A/). El texto es de una gran precisión teórica y presenta una excelente articulación teórico-clínica, que alienta a continuar investigando en esta casuística que se ha abierto en nuestra época.

Así es que, entonces, para impulsar el deseo de saber y fomentar la investigación, seguimos con dos casos. Uno de Fabián Fajnwaks[3], colega de la École de la Cause Freudienne, y otro de Ángela Marchesini[4], de la Escuela de la Orientación Lacaniana.

En su texto **"Géneros lacanianos"**, además del saldo de saber que FF nos comparte a través del caso que nos hizo llegar, también nos esclarece respecto de las interpretaciones del psicoanálisis lacaniano que hacen los "gender studies" o las llamadas "culturas Queer", y su distinción. *"Lejos de encontrarse exclusivamente centrado en el Uno fálico y en relación a la Ley del Padre, entendido éste como Nombre-del-Padre, como estos autores le reprochan al*

psicoanálisis ubicándolo completamente en la norma « hétero », un psicoanálisis lacaniano se orienta de otra manera. La clínica con sujetos homosexuales puede testimoniar de ello, aunque esto se puede verificar también, simplemente, en la clínica con sujetos que no han hecho esta elección de objeto". Precisiones muy importantes, ya que son discursos que habitan la época y que se escuchan cada vez con mayor frecuencia.

Finalmente, *Ángelica Marchesini*, nos recuerda cómo Lacan ya en 1938, en su texto, *Los complejos familiares*, anticipaba la inversión en la que el principio femenino, le ganaría al ideal masculino. Dice "*Lacan, relee el camino trazado por Freud, y enuncia un cuestionamiento de la prevalencia del principio masculino. Más precisamente, se interesa en lo que podría venir a derribar la prevalencia de ese principio. Explica que la preferencia acordada socialmente a la masculinidad tiene como contrapartida lo que él llama el encubrimiento del principio femenino, bajo el ideal masculino*". Y nos aporta el desarrollo de una cura psicoanalítica, que contrariamente a la impermeabilidad que Freud encontró – mismo el caso de FF – pone en evidencia el valor del encuentro con el psicoanálisis en la vida de dicha sujeto.

En tiempos rosas, entonces, nuevos desafíos para el psicoanálisis que, por suerte, aporta más colores, recordándonos que la mujer es no-toda, y que - ¡claro que respetando la vinculación del sujeto con su objeto! - el pasaje por el falo y por el Otro habilita a un goce en el que se preserva la dimensión del deseo y la dignidad del sujeto.

Viviana Berger

1. AME de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, ex-AE (2000-2003), Presidenta de la FAPOL (Federación Americana de Psicoanálisis de Orientación Lacaniana), Directora del Instituto de Psicanálise e Saúde Mental de Minas Gerais. Médica Psiquiatra, Doctorado en Psicoanálisis de la Universidad de Paris VIII.
2. AME de la Ecole de la Cause Freudienne, de la Escuela de la Orientación Lacaniana, de la New Lacanian School, y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.
3. AP de la Escuela de la Orientación Lacaniana, miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.
4. AP de la Ecole de la Cause Freudienne, de la Escuela de la Orientación Lacaniana, miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

La homosexual y el desafío al padre

Angélica Marchesini



La perspectiva trazada por Lacan, desde su texto de 1938, Los complejos familiares, anticipa la declinación de la imago paterna. Lacan, relee el camino trazado por Freud, y enuncia un cuestionamiento de la prevalencia del principio masculino. Más precisamente, se interesa en lo que podría venir a derribar la prevalencia de ese principio. Explica que la preferencia acordada socialmente a la masculinidad tiene como contrapartida lo que él llama el encubrimiento del principio femenino, bajo el ideal masculino. Nos anticipa entonces una inversión, donde el principio femenino, como él lo llama, podría venir a ganarle de mano al ideal masculino; antes de la Segunda Guerra Mundial, le acuerda un gran lugar a lo que designa, en los términos de la época que son, después de todo, los de Adler, la protesta viril de la mujer.

Al entender de Miller, Lacan reconoce en la protesta viril de la mujer la consecuencia última del Complejo de Edipo. En ese momento[1], Lacan toma esta consideración, ante todo, en el marco de una clínica de la homosexualidad; no la evoca, al menos no claramente, a nivel de la sociedad; así y todo se trata de algo que dibuja una suerte de presentimiento de una cierta feminización de los valores culturales, tal como se impone en las sociedades desarrolladas del siglo XXI.

Y además de eso, contra el deseo de Freud, Lacan es quien procederá a una manifestación del principio femenino. Lo hará esencialmente en términos de función, no paterna, sino fálica. Ya el caso de la joven homosexual de Freud considera la homosexualidad femenina

como "un amor soportado por un discurso, el discurso del amor cortés". Freud considera el estilo caballeresco del amor de la joven homosexual en función de la presencia de un tercero, el padre. Su actuación muestra la revancha contra el desprecio, la humillación que su padre le ha hecho sufrir, lo que desencadena el comportamiento galante de la chica identificada al falo

A propósito del caso de Freud de 1920, comentaré el caso de una sujeto mujer, joven que tempranamente ha realizado una elección de objeto homosexual. Desde el primer momento, Ana muestra la dificultad de ella como sujeto para la inclusión del objeto en el Otro. Tanto Freud como Lacan se refieren a la dificultad de la homosexual en transferencia, aún más, Lacan sostiene que si bien ella tiene facilitado el discurso del amor, "eso la excluye del discurso psicoanalítico que no puede apenas sino balbucear".[2].

La transferencia a partir del sujeto supuesto saber —como operatoria— tardó tiempo en llegar. Pero una vez instalada la situación de transferencia se pudo elucidar los recursos que inventa este sujeto para arreglárselas con sus síntomas. Ella eligió la homosexualidad y no presenta inhibición, ni vacila en su posición, Ana viene para hablarme de los otros, en general hombres.

La queja transcurre mientras apela a sus calificativos: "fulano es un hombre débil", "mengano es un oprimido". En ella no aparecen gestos de aprobación hacia los hombres y suele permanecer encerrada en su habitación a veces durante horas frente a la computadora, u ocupada en sus lecturas. El lazo al otro para ella no vale demasiado la pena: "Siempre es mejor un buena lectura".

Comenta un período previo a asistir a análisis que da cuenta de una inversión. La intolerancia hacía centro en su madre. En efecto, dedicaba su tiempo a examinarla, señalaba las fallas, en lo que ella llama la función referencial del lenguaje, el uso de adverbios, etc. Pendiente del más mínimo detalle, sintetiza: "La tenía bajo la lupa". El reclamo hacia ella fue en aumento, desde el nacimiento de su hermano.

Cuando le pregunto sobre el nacimiento del hermano varón, dice que en el Jardín de infantes estaba sola, con una radio construyó un robot al que le puso nombre de mujer: "Era mi compañera". Desde entonces, según Ana, las cosas no cambiaron demasiado. "Critico y estoy sola, aunque con alguna pareja de tanto en tanto".

Sola, pero contemplaba a los otros a cierta distancia, estaba muy atenta a todo lo que ocurría a su alrededor. Lo muestra su relato: se encontraba en una parada de subte, luego de describir algunos rostros desconocidos, dice: "mi malestar es ser parte de ese conjunto de miserables, infelices y cansados". En un principio, no aparecía ningún acontecimiento

aislable, sí una descripción de lo fenoménico. Ana en cada relato pone al descubierto la inconsistencia del Otro.

Si seguimos al Freud de "Tres ensayos para una teoría sexual" la homosexualidad como elección de objeto no es más que un avatar del proceso de decisión del comportamiento sexual. En los años 20, Freud introduce la asimetría entre el varón y la mujer en función del Complejo de Edipo y la castración. Y a la homosexualidad femenina la considera como una solución a priori ya que para Freud el verdadero problema en las mujeres es la heterosexualidad y la manera en que se separan las niñas de su objeto primordial, la madre.

Poco a poco, Ana comienza a enfocarse sobre la relación del padre a la madre. Ella sale del Edipo amando a su padre, y advierte que había tomado su lugar junto él -identificación imaginaria- para degradar, desde allí, a la madre. Reconocía su complicidad en los comentarios risueños, junto a su padre, acerca de la madre

Para ilustrar aquel tiempo cuenta un sueño muy vívido en el que se moría e iba al infierno, por criticarla. Al relatarlo se ríe, mejor en el infierno, puesto que en el cielo debe haber un Dios facho. En cuanto le pregunto por su risa, me dice que es la de su padre, cree que en el sueño él se iba con ella. Padre e hija tenían un adversario común: la madre. "Nos burlamos, la criticamos, la agarramos de blanco". Era un tiempo de revancha.

Era la época de su adolescencia, cuando su madre tiene un hijo, aquel nacimiento trajo una fuerte decepción. Cuando le pregunté a partir de qué momento se produjo esa vuelta hacia su madre, me comenta un episodio familiar, en el que el hermano le falta el respeto a la madre, le arroja algo por el aire y el padre, allí presente, se echa a reír. Una contingencia que hace enfurecer a Ana. "No se comporta como un padre, debiera haber hecho algo". Episodio que denuncia la no intervención paterna y, a la vez, aparecen en Ana los vómitos; se enrabia, dice que todo se le ha vuelto frágil.

El pedido de análisis surge cuando ella advierte la falta de ley del padre. Se pregunta: "¿Por qué los hombres se caracterizan por la falta de amor, y la falta de respeto hacia la mujer? El desengaño del padre, se superpuso al rechazo de los hombres. Ella trae esta escena una y otra vez, mientras relata su enfrentamiento al padre.

Ana se ubicaba al lado de su madre, e interpretaba que la humillación del padre hacia la madre se extendía a ella, el padre desvalorizaba su feminidad. "Él quiere que fallemos a favor de él, nos ubica en un lugar comprometido". "Hay algo complicado en él que no termino de ver". Nos incita a tomar partido. De manera que continuó hablando de su padre: "Dicen que soy su prolongación. Siempre estuve de su lado, es cierto, no era de las nenas que se abrazaban a las faldas de la mamá en la escuela". Relata que a los seis años las chicas

querían ser princesas, mientras ella jugaba con camiones, veía a las mujeres como unas pobres indefensas.

Lo que ella llama la complicidad con el padre, una identificación masiva con él, consistía por ejemplo, en la risa de aquél el día que trajo un llamado de atención de la escuela -muchos años antes-, por revoltosa. "Mi papá se limitó a decir 'yo era igual'. Después siguió siendo el mismo: íbamos a recitales, nos entrenábamos en boxeo, hacíamos las mismas cosas que debe haber hecho en su juventud revolucionaria".

De sus encuentros con hombres sólo queda como recuerdo el asco, componente histérico, el asco en el encuentro con el compañero. Ana vincula el asco a la sexualidad. El asco le aparecía con los hombres y enseguida, perdía el interés por más que le hablen de política o de militancia".

En este tiempo sueña que el padre trae a la casa lobos mutantes, la perseguían, estaban hambrientos, "me los arrojaba uno a uno". Se despierta de esa pesadilla y, al volver a dormirse, tiene otro sueño. El padre le invita una comida y en el plato aparece una cabeza de sapo. En el sueño aquello que debiera haber estado velado, aparece en la imagen onírica.

Los que siguieron fueron tiempos de angustia, Ana no podía evitar llorar cada vez que hablaba. La pregunta en la que se detenía era ¿Cómo un hombre trata a una mujer? Dondequiera que fuese estaba atenta a cómo se relacionaban hombres y mujeres. De regreso a su casa, dice que le vinieron recuerdos infantiles que se estaban transformando en algo muy doloroso.

De niña el padre jugaba en un teatro loco con ella, él se disfrazó de bruja, "no lo reconocí avanzaba hacia mí, yo no podía dejar de llorar" y él no podía parar. En otra oportunidad "actuaba como si se hubiera psicotizado, parecía un brote, yo no sabía si era real, lloraba, él no era capaz de detenerse ante mi llanto". Después, hacía que se tiraba de la medianera de la terraza hacia el otro lado, "no sabía si era capaz de hacerlo, no interrumpía su actuación". Esperaba largo rato para decirle que se trataba de una broma. Comenta varias situaciones similares –parecían cortos de suspenso-, frente a las cuales quedaba dividida y sumergida en una gran angustia. En análisis comienza a vislumbrar el goce del padre, que pretendía angustiarla gozando de su división, ella lo experimentaba de manera directa, sin el velo del amor.

Las consecuencias fueron un cambio en su posición sexual, ella elegía amar a su madre a quien tenía idealizada. Dice no soportar más que el verdugo rebaje a su madre. El padre es un estragador, asiente que a ella también la rebaja. Y comenta otra escena de discusión familiar, en la que estaban enfrentados madre y padre. "Intervine fuertemente a favor de mi

madre, haré que se la respete". En franco desafío al padre, ella ridiculiza lo fálico del padre, alza los ojos y dice "mi papá, la gran voz de la razón"

El comportamiento de ella hacia su padre es de evidente provocación, el asco persiste, aunque su gran alivio según dice es "no disfrazarme de mujer y adornarme con baratijas" como lo hubiese deseado mi padre. Tal como nos plantea Lacan en el tercer capítulo del Seminario Los cuatro conceptos del psicoanálisis, la joven homosexual sabía con qué podía ofender al padre y vengarse de él, seguía siendo homosexual por un desafío contra el padre.

Ana afirma que por más que haya buscado una relación de igual a igual con el hombre, sólo siente el verdadero amor por las mujeres madres, como su pareja, "otro sujeto femenino". Al padre le reprocha que no pudiera aligerar la relación de ella, de adolescente, con la madre. Ella no puede diferenciar a ciertos tipos de hombre con respecto al padre, que el padre sea un verdugo, como ella lo llamaba, era igual a "todos los hombres verdugos". Así, la ruptura con el padre arrastró a los hombres. Entre el verdugo y la víctima hay conciliación, un mixto entre uno y otra, cierta alternancia, que muestra la reversibilidad del fantasma.

En el ambiente gay, conoció a su pareja, ambas estudian cuestiones afines, "me apasionan los diálogos con ella", entre ellas reina el discurso amoroso. Sueña que la pierde, teme perderla porque está enamorada. Y aunque reconoce mucho amor en su compañera, la otra la ama, aísla un rasgo de humillación con respecto al saber. Ella capta en el mismo juego del amor, el manejo de su partenaire. Ella hace de hombre, es histérica y su síntoma es homosexual. De la misma manera, al igual que la homosexual de Freud, encuentra una solución, desafiar al deseo del padre. Como dice Lacan, "Es el desafío en forma de irrisión". En cuanto a su síntoma de homosexualidad rehúsa pasar por el falo, aquello que le impide el discurso analítico, que supone que uno se encuentre a cada paso con el falo. El rechazo del falo no significa una represión que se descifra en un síntoma, como el asco histérico al sexo masculino, sino que es el rechazo del falo en su literalidad, y además ahí donde es rechazado, vuelve con toda su fuerza. "Las mujeres no me dan asco, un amor con ellas es más genuino", Ana parece pretender hacer existir a La mujer.

Así, ella ubica que la condición de amor del padre era una disyunción: "Si quiere a su madre, no puede amar a su padre". Lo paternal de un hombre, era el punto de análisis -según ella -, si no vale como padre, no vale como hombre. No puede ver en ningún hombre un futuro padre. "No permitiría que ninguno me haga un hijo". Con el asco se defiende de los hombres, en ellos no está presente lo paternal, sino la torpeza, lo que lo hace menos hombre.

Lo que dice la homosexual en su sueño: "Me hallaba en una especie de Rusia, atravesaba la frontera, con esfuerzo, todo lo que dejaba atrás eran figuritas de cartulina, estaba la

caricatura de mi padre. Sin más, dijo: "Cartón pintado". La ferocidad del padre puede ser cartón pintado, no se inscribe como ninguna amenaza.

Cuando Ana comenzó la conquista de mujeres elije una y otra de manera exploratoria: a una la encuentra demasiado femenina, otra pertenece a un ambiente demasiado alternativo, pero no duda: "Cualquiera, pero mujer". De pronto aparece la calma, tiene una mirada diferente sobre su relato. "Antes todo era batallar contra mi padres, primero mi madre, luego mi padre, estoy distanciada de ellos y, paradójicamente, hay más acercamiento.

1. Miller, J-A., Curso Orientación Lacaniana III, Vida de Lacan, Sexta sesión, 31-03-2010
2. Lacan, J., Seminario XIX, O pire..., inédito clase 8-12-7.

Géneros lacanianos

Fabián Fajnwaks

El psicoanálisis lacaniano no es lo que los principales autores de los gender studies, o de las llamadas « culturas Queer » dicen que son. Lejos de encontrarse exclusivamente centrado en el Uno fálico y en relación a la Ley del Padre, entendido éste como Nombre-del-Padre, como estos autores le reprochan al psicoanálisis ubicándolo completamente en la norma « hétero », un psicoanálisis lacaniano se orienta de otra manera. La clínica con sujetos homosexuales puede testimoniar de ello, aunque esto se puede verificar también, simplemente, en la clínica con sujetos que no han hecho esta elección de objeto.

La lectura que Judith Butler o Didier Eribon hacen de la enseñanza de J. Lacan, por citar sólo los autores más conocidos de los « estudios sobre el género », corresponde al primer período de Lacan, el que da toda su primacía al registro simbólico y al Nombre-del-Padre. Así, si Judith Butler ha podido avanzar desde uno de sus primeros trabajos, *Gender trouble*, y ha podido dar una importancia más relevante al aporte de la enseñanza de Lacan a partir de su seminario Aun, Butler queda aun encerrada en su libro *Bodies that matter*, en un abordaje del cuerpo en términos exclusivamente entendidos en tanto "género", sin comprender verdaderamente lo que Lacan introduce con su teoría de los goces. El carácter parcial de la pulsión, el lugar del objeto (a) y la relación del goce fálico al Otro goce, permanecen ignorados por esta autora, referencia mundial de los « estudios sobre el género », de manera voluntaria o involuntaria.

Didier Eribon, por su lado, ataca en *Una Moral de minoritario* el lugar central del falo y del Padre simbólico en los primeros seminarios de Lacan, deduciendo un abordaje « heteronormativo » de la homosexualidad masculina por los analistas lacanianos. Eribon comprende a partir de este abordaje la toma de posición pública que han hecho algunos analistas lacanianos contra el casamiento entre homosexuales y la eventual adopción de niños por parejas homosexuales, lo que ha visto desencadenar recientemente en Francia, verdaderos debates apasionados.

Si es cierto que el falo se encuentra en el centro del abordaje lacaniano de la sexualidad en sus primeros seminarios, por ejemplo en *Las formaciones del Inconsciente*, principal y única referencia de Eribon en este libro, el seminario Aun verá a Lacan introducir un goce suplementario al goce fálico, un goce específicamente femenino que, de manera muy extraña, la mayoría de estos autores parecen ignorar, ya como lo hacían los autores feministas en los años '70. Luce Irigaray, por ejemplo, analista de la Escuela Freudiana de París, que en sus trabajos hacía de este Otro goce un « goce todo », ya que se encontraba desprendido de su relación suplementaria al goce fálico, un goce « no-todo » entonces, como lo denomina Lacan.

La crítica del Padre simbólico y del Complejo de Edipo efectuada por Lacan mismo a partir del seminario El reverso del psicoanálisis, produce el hecho que si se sigue la orientación que Lacan desarrolla a partir de aquí, lo que no hacen los autores de los « gender studies », se llega a una teoría de la nominación y del nombre propio así como a su desarrollo en relación con el nudo borromeo, que pone en cuestión al Nombre-del-Padre como única referencia que domina la relación del sujeto con el goce, con la sexualidad y con sus partenaires. En este sentido, Jacques-Alain Miller decía hace algunos años, de manera divertida, que el verdadero Anti-Edipo es Lacan quien lo escribió, algunos años antes que Deleuze y Guattari.

Un lazo se establece así en la enseñanza de Lacan que va desde el seminario El reverso del Psicoanálisis hasta el seminario sobre Joyce, el sinthoma donde no es ya el Padre el único que asegura el anudamiento entre los tres registros Real, Simbólico e Imaginario, sino que un síntoma puede, por ejemplo, también ejercer esta función. La sexualidad misma deviene a partir de aquí sinthomática, en la medida en que se considera el anudamiento singular que cada sujeto establece en torno a ella a través de hallazgos siempre particulares, de soluciones singulares, y que no será ya la relación al Padre ni al Falo la que prevalezca exclusivamente en la concepción que Lacan hará con el agujero presente en la sexualidad humana, la sexualidad del ser hablante.

Un encuentro con el héteros

Recibí hace ya un tiempo, una mujer de cincuenta años que venía a verme ya que se encontraba conmocionada por un encuentro que había tenido algunos meses antes. Profesora de educación física y madre de tres hijas ya jóvenes adultas, había decidido abandonar a su marido en el momento de haber encontrado a una mujer un poco mayor que ella. Luego de veinticinco años de casada con un el padre de sus hijas, un hombre que describía como bello, muy amable y muy a su escucha, aunque un poco « blando », ella decidía dejarle y partir con esta mujer, recomenzando su vida en una pequeña ciudad de provincia.

El encuentro con esta mujer acontecía por el lado del saber, ya que en sus dichos ella parecía ser la portadora de un saber respecto de esta analizante, una suerte de « sujeto supuesto saber », como define Lacan el lugar del analista en la transferencia. Le impresionaban su vasta cultura y una suerte de inteligencia intuitiva que le hacía creer que esta mujer poseía un saber que le concernía. Se trataba entonces de un verdadero encuentro amoroso, redoblado por una pasión física extremadamente fuerte. Lo que hacía enigma a esta mujer, llevándole a consultar, era la relación de sumisión amorosa que había establecido con su partenaire, rasgo inédito en la relación para ella, y que le revelaba una faz aun desconocida de sí misma. Si este rasgo le permitía dar curso a su activismo fálico, este activismo mostraba en esta relación su cara sintomática y frágil, ya que esta vez articulaba su demanda de amor, demanda de encontrar su lugar en el Otro. Este activismo ya había estado presente en su

relación a su marido, en la compensación que ella se sentía obligada de hacer de su impotencia, posición que correspondía en él a la del « amante castrado »; sin embargo, este encuentro amoroso no hacía más que poner aun más en evidencia su identificación fálica. Este amor tomaba ahora la forma femenina de « amar para hacerse amar », haciendo don de su castración, de su falta para encontrar así su lugar en el Otro. Si esta experiencia inédita le dividía era porque en la relación con su marido había ocupado el lugar del objeto amado, mientras que se trataba ahora de amar para hacerse amar. Realizaba así lo que Lacan llama « la metáfora del amor » en su seminario sobre La Transferencia, con el consecuente pasaje de la posición de éromenon a érastés, de amada a amante.

De adolescente había tenido ya algunos encuentros muy breves sexuales con mujeres, pero este encuentro abría paradójicamente para ella la vía de un encuentro con lo hétero, la vía del encuentro con el Otro sexo en una relación homosexual, de aquel o aquella, en este caso, que ama el Otro sexo, allí donde la relación heterosexual la había dejado encerrada en la homosexualidad, como Lacan lo escribe en El Atolondradicho con dos « m » para indicar el valor masculino de esta lógica, es decir, del lado del universo cerrado del Todo. Es incluso, completa Lacan, « lo que explica lo insaciable del amor », dimensión tan presente en la lógica femenina, cuando el amor no se encuentra solamente articulado al Falo. Es el caso en la obra de Freud, que aborda exclusivamente al amor como una compensación frente a la falta que implica la castración, de donde la eventual pérdida del amor cobra para la mujer un valor equivalente que presenta la amenaza de castración para el varón.

Pero en su posición actual se trataba para ella de « darlo todo para ser todo » para el Otro y asegurarse así un lugar. Hay que recordar aquí que se trata de una falsa solución en lo que concierne a una posición femenina, ya que como lo recuerda Eric Laurent en « Posiciones femeninas del ser », querer serlo todo para el Otro encierra a una mujer en una paradoja, ya que a nivel de la posición femenina no se trata de ser todo, o nada, sino más bien de « ser Otro para ella misma, tomando para esto apoyo en un hombre » (o una mujer, como en este caso).

De hecho, podríamos situar la posición de esta analizante como repartiéndose entre el goce fálico, situado del lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación tal como las escribe Lacan en Aun, y la vía que abre al amor del lado del Otro barrado del lado femenino. Lo que hace decir a Lacan que la estructura del deseo femenino tiene siempre una dimensión erotomaniaca. Allí donde ella estaba llamada a encarnar el objeto (a), el objeto fetiche en la relación a su marido, esta nueva solución encontrada, le hacía las cosas un poco más fáciles. La forma erotomana del amor redobla en ella la función sujeto supuesto al saber que le atribuía a la dama, lo que la hacía doblemente amable.

Esta mujer partió al cabo de unos meses, sin que sepamos más acerca de las coordenadas subjetivas en el origen de este movimiento, y dejándonos con nuestro deseo de saber sobre

le futuro de esta operación. En una sesión había ella afirmado, en una denegación, que no « creía que el hecho de ser hombre nos impediría comprender lo que le sucedía », aunque sin duda, visto el desenlace de este análisis *in statu nascendi*, se puede pensar que era el caso para ella. Podemos también formular la hipótesis que temía que el análisis viniese de algún modo a cuestionar la estrategia del amor que había puesto en marcha, por el hecho de invitarle a hablar de esta. Si se trata en un análisis de una experiencia que también pone en juego el amor, podemos pensar su retroceder frente al hecho de continuar el trabajo comenzado, que seguramente vivía ella al análisis como una incompatibilidad con lo que estaba viviendo en ese momento. En todo caso partió en un rechazo al saber tan firme o aun más que el de la « joven homosexual » de Freud, quien al menos, había comenzado a tener sueños en transferencia.

Si tomamos justamente el caso de la « joven homosexual », nuestra enamorada daba también a ver lo que significa amar a una mujer. Amar a una mujer allí donde el hombre, *aphligido*[1] por la posesión fálica, no lo logra, o lo logra mal... pondrá entonces el tener entre paréntesis, bordeándolo como condición para poder amar y ser amada. Lo que da al caso un estilo « mostración » dirigida a un Otro, lo que constituye también un llamado a una interpretación. Pero a diferencia de la joven homosexual, para quien la decepción se desencadena por una contingencia, dando una dimensión desmesurada y por este hecho, inquietante a toda la secuencia y al pasaje al acto con que se cierra esta, aquí la demanda de amor no concierne solamente una decepción, dimensión recurrentemente presente en la homosexualidad femenina: pone más bien en evidencia un punto de estructura del deseo femenino.

La necesidad de la presencia del signo de amor como condición para poder desear, lo que manifiestamente no ha podido encontrar con su marido, junto al hecho paradójal, como ya lo señaláramos, de haber encontrado lo hétero, en una relación homosexual, dan la singularidad de este caso. Forma parte de algunas de las soluciones contemporáneas que encuentran las mujeres cuando no se satisfacen con el deseo blando, sozo de sus partenaires masculinos, y que el psicoanálisis, orientado por otras coordenadas que las del Edipo y las del goce fálico, lejos de querer normalizarlas como lo pretenden los « gender studies », sigue perfectamente en su enfoque « queer ».

1. Lacan escribe de este modo equivoco lo que llama « la aflicción del hombre por el falo ».

Margareth y otras homosexuales del siglo XXI

Observaciones sobre una serie de casos de homosexualidad femenina más allá del edipo

Viviana Berger



Agnès Aflalo

He tenido y tengo en análisis, un cierto número de pacientes homosexuales que, se puede decir, hacen serie con la joven homosexual de Freud, que llamaré Margareth. Sus síntomas construyen la ficción de La mujer no castrada o, para decirlo de otra modo, de un Nombre del Padre que hace existir La mujer. Dicho de otra manera, lo que dicen estas analizantes, sus dichos, están ordenados por un decir que hace existir La mujer.

He elegido hablar – no del caso de una sola analizante, sino de una serie de casos, a fin de despejar mejor esta lógica de goce de la cual una parte – más allá del Edipo – ha pasado desapercibida por Freud y por Lacan. Es no obstante, a partir de la lógica de la sexuación desarrollada en el Seminario 20 – que opone el decir y el dicho – que he podido despejar esta serie.

En principio recordemos las coordenadas del caso de la joven homosexual.

Lacan formaliza el caso de la paciente de Freud, Margareth, en cuatro tiempos: en el primero, la niña sale del Edipo amando a su padre, y su deseo inconsciente es tener un hijo de él. En el segundo, ella es adolescente y su madre tiene un hijo. La decepción que sea su madre y no ella la que tenga al niño, hace bascular su posición subjetiva. Ella deja de amar a su padre y se identifica a él de una manera masiva, total. Aquí, no se trata solamente de un rasgo tomado del Otro. En el tercer tiempo, ella cambia el objeto de amor: ella ama a las mujeres que son madres o que le hacen recordar a la suya. Y finalmente, en el cuarto

tiempo, su vida amorosa es una demostración dirigida a su padre, de lo que es el falo por oposición al pene. El falo es el significante del deseo, de una falta, y también el significante que da lugar al goce. Lo que de ello puede ser simbolizado, lo es por el falo que ella se ofrece a encarnar.

En lo que respecta a las pacientes que he recibido, y que hacen serie con el caso de Margareth de Freud, debo precisar aquí dos de estos cuatro tiempos: la salida del Edipo y la vida amorosa.

En principio, el primer tiempo refiere una traición del padre de la cual la madre se hace cómplice. En efecto, el nacimiento de esta niña es la ocasión de una decepción para la pareja. Dicho de otra manera, el deseo del Otro está marcado por un sello de decepción. En el libro *¿Quiénes son vuestros psicoanalistas?*, publicado por J.-A. Miller, ya había aislado un mismo recuerdo traumático para una serie de mujeres homosexuales. Cada vez, la niña se sentía dejada a un lado por el padre que la humillaba y desvalorizaba su feminidad. Observé que esta efracción de goce producía una serie de consecuencias desde ese momento de la infancia, y, en particular, un cambio de posición sexuada: la niña se identificaba entonces totalmente al padre y elegía amar a su madre. Este recuerdo me parecía notable porque presentaba las mismas coordenadas que aquél de la joven homosexual de Freud, Margareth (en cuyo caso se produjo desde la infancia y no solamente en la adolescencia). En realidad, este recuerdo debe más bien ser considerado como un fantasma traumático, lo cual muestra que el padre no es otra cosa que un significante amo producido por el análisis: a posteriori.

Este fantasma traumático presenta una serie de constantes. Data de la salida del Edipo. Sobreviene cuando la niña – devorada por la curiosidad – quiere obtener el saber del goce sexual. Este momento se presenta como un enigma durante los juegos sexuales con los varones de más o menos su edad. El goce se manifiesta allí como una intrusión, dado que la cuestión de saber qué es una mujer queda sin respuesta. El padre es entonces llamado para responder a este enigma, conminado a nombrar esta intrusión de goce. Esta respuesta está construida con el fantasma traumático que pone en escena un padre caracterizado por dos rasgos: primero él se calla – y su silencio es vivido como una traición, un dejar caer – inmediatamente, en tanto que habla, la pequeña se siente desvalorizada, humillada.

El segundo tiempo se sitúa al comienzo de la vida amorosa. Notemos en principio que el partenaire amoroso de la mujer es claramente el falo. Captamos entonces que al desamor del padre le sucede un amor por la madre redoblado marcado por el infinito S (A/):

Por un lado, el amor idealizado por la madre – o la que allí tome ese lugar – toma la forma del amor cortés. Produce un impasse sobre el cuerpo del partenaire, pero no sobre los dichos amorosos y el goce que procuran. La forma erotomaniaca del amor queda aquí a la vista. Es la exigencia sin fin de un "que el Otro me ame". Es un imperativo que acentúa la

demanda de amor y refuerza la exigencia de la prueba de amor hasta el estrago. La estrategia amorosa consiste en fomentar los escenarios en los cuales se trata siempre de hacerse preferir por la partenaire como la única. Ella, y solamente ella, puede faltarle a la Otra mujer. Se trata de una falta del significante que dice que su ser existe y que es el único. Es la falta del uno de lo único, pero para hacer un todo y desmentir de este modo la castración. Para estas analizantes, más allá de sus dichos, el decir amoroso viene a constituirse como el fetiche de la partenaire, a hacer existir La mujer.

Por otro lado, el amor erotizado obedece a la misma lógica infinita S (A/). El sujeto se ofrece también a hacer caer la partenaire. La rebaja, la humilla. Y, en los momentos depresivos, la posición se invierte: es entonces el sujeto quien toma el lugar del objeto, es decir el de la mujer rebajada, humillada. El imperativo de goce empuja entonces a encarnar totalmente el objeto a resto. El riesgo de pasaje al acto es entonces posible. Con el análisis, el sujeto termina por percibir que este estado de abandono no es otra cosa que un semblante y que pretende angustiar a la partenaire para gozar de su división. Gracias a un goce silencioso, el sujeto ocupa una posición amo y puede hacer surgir el objeto voz del lado de la partenaire a quien continúa completando con su ser. El dolor de existir no era más que una máscara del deseo.

También, una vez atravesado, el estado depresivo devela su clave: se trata de vengarse del desamor, de la traición del partenaire que humilla y que deja caer, en un escenario donde el atormentado y el atormentador evaden sin cesar la escritura de la relación sexual. La partenaire es, en efecto, elegida porque ella es portadora de un plus de goce que asegura al sujeto el regreso a la posición primera, de la cual el otro debe salvarla. Pero le es imposible darle el complemento de goce que le permitiría reconocer y simbolizar su ser sexuado de mujer. Nueva tentativa entonces de hacer existir La mujer a riesgo de hacerse "inexistir".

La construcción del fantasma muestra que el trauma se produce por retroacción en la cura. Se percibe entonces la identidad del goce imputado al padre y el del analizante. También, el padre de estas homosexuales, que podemos denominar el padre humillador, merece el mismo estatus que el padre seductor de la histérica: no es de verdad, es real. Es el síntoma del sujeto.

El silencio gozado – en un principio situado del lado del padre – hace lugar a la simbolización imposible del goce sexual que es inmediatamente reemplazado por el goce de la humillación. Los decires de estas analizantes permiten inferir la escritura lógica de la sexuación tal como ellas desean hacer existir La mujer hasta el estrago. Porque querer encarnar el fetiche de La mujer no va sin su reverso del goce de la humillación que las empuja a encarnar totalmente el desecho.

Para estas sujetos, se puede decir que la escritura de la sexuación se presenta en una conjunción de la elección forzada entre el resto y la causa, entre a – resto de la operación Nombre del Padre que ha tomado la significación del desecho impidiendo el acceso a una feminidad – y el falo fetichizado, causa del deseo de la madre.

Es lo que muestra esta serie de curas, por más que la verdad medio dicha haya podido alcanzar el real del goce más allá del padre. Esto surge del decir, es decir de la lógica de la sexuación que estructura la palabra de cada analizante de quien la existencia no está asegurada más que una por una.

Fuente: www.lacan-universite.fr/wp.../05/Passerelle-8.pdf

Alcohol y drogas: la aspiración a un goce sin límites

Revista Falasser, Delegación Paraíba de la EBP

Rita Medeia



Entrevista a Elisa Alvarenga *

Margarida Assad: La categoría clínica de la toxicomanía no se encuentra bien formulada. ¿En qué categoría podemos incluir a los sujetos toxicómanos? Laurent nos viene alertando que el estado actual de la civilización es hedonista e individualista llevando al conformismo de masas. ¿Cómo distinguiríamos a la toxicomanía de este goce generalizado de nuestra época? ¿Habría en esas adicciones algo específico que se particulariza por el objeto droga toda vez que él permite, usando una expresión de Miller, "una insubordinación al goce sexual"?

Elisa Alvarenga: Podemos pensar que las adicciones son el modo de goce prevalente en la contemporaneidad, a partir de lo que Lacan llamó el ascenso al cénit del objeto a, y que Miller retoma como Un goce que se repite, sin sentido, como acontecimiento del cuerpo. En sus "Intuiciones Milanesas", Miller usa el término adicción, que él asocia al "frenesí del no-todo", de las patologías en que se valoriza el sin límite de la serie, donde hay menor efectividad de la metáfora paterna y pluralización de los S1 (1+1+1...), y también su pulverización.

La diferencia entre los términos de toxicomanía y drogadicción es problematizada por nuestro colega Gustavo Freda. Si el tratamiento de la toxicomanía da lugar a una pregunta sobre el sujeto y la función que la droga puede tener para él, la adicción, dice Gustavo Freda, es un término usado para todo tipo de adicción, sean los tóxicos, sean todos los tipos de gadgets, sea la comida, las compras, etc. Y consecuentemente, lleva a una tentativa de

medida y de control. La noción de adicción sería el resultado de una política necesaria para que una terapéutica de la medida pueda tener lugar. No estamos aquí centrados en un sujeto y en su relación con un objeto, sino en la contabilidad de un comportamiento que se puede medir, para trazar un límite entre lo normal y lo patológico. La adictología sería un saber que tiene la ambición de corregir, mientras que la toxicomanía es un síntoma que debe ser abordado caso a caso, sin que un saber anterior venga a dictar lo que se debe hacer.

Aunque esta distinción pueda parecernos insuficiente, me parece interesante notar cómo el término "adicción" es de un uso generalizado en las clasificaciones psiquiátricas y en las terapéuticas propuestas, en tanto el término "toxicomanía" siempre fue usado por los psicoanalistas en el abordaje de esos sujetos que, inicialmente segregados, pasaron a ser tratados.

Si el fracaso está generalmente presente en el tratamiento de los toxicómanos, no por eso el psicoanálisis desiste de ellos, pues la clínica psicoanalítica se orienta por lo real como imposible, encontrando, en cada caso, las posibilidades.

Si Lacan pudo decir que en la toxicomanía hay una ruptura con el falo, creo que podemos pensar que, también en los síntomas contemporáneos está en juego una cierta ruptura con el falo, que está corto-circuitado en función de una relación más directa con el objeto a. El objeto oral, en los síntomas alimentarios; el objeto anal, como objeto de consumo fácilmente descartable; la mirada, presente en las adicciones a internet, a las computadoras y a todo lo que intoxica a través de las imágenes, consumidas por el ojo ávido del espectador; la voz, presente en los pequeños objetos de los cuales tenemos dificultades en separarnos, smartphones, ipods, etc. No obstante, no todas las adicciones son equivalentes, y el empuje a la muerte presente en algunas de ellas de manera explícita, está bastante más atemperado en otras. No solamente una droga no equivale a otra, sino tampoco una adicción es equivalente a otra. Ser adicto al trabajo, en un extremo, pasa generalmente por una identificación fálica, en tanto ser adicto a una droga como el crack, propicia una ruptura devastadora con el goce fálico.

Los sujetos que recibimos en tratamiento toleran mal la experiencia de la castración. Tenemos, por un lado, cada vez menos, aquellos que se alinean del lado masculino de las fórmulas de la sexuación, que hacen uso de la significación fálica, y cuyos síntomas se anclan en sus fantasmas. Por el otro lado, tenemos los que, empujados por el discurso capitalista, aliado al discurso de la ciencia, tienen cada vez más posibilidades de goce, inclusive del goce anestésico de los medicamentos.

Un nuevo universal, el del derecho al goce, apunta al imperativo superyoico de un goce ilimitado. Hay dos maneras a través de las cuales el hedonismo contemporáneo encuentra

sus límites, dice Laurent: por un lado, la satisfacción de la pulsión sin interdicción, sin el límite dado por el falo, que es una función que introduce la falta, está del lado femenino de las fórmulas de la sexuación, como aspiración a un goce sin límites, más allá del principio del placer, pulsión, en última instancia, de muerte. La ausencia de excepción, sea la excepción dada por la función fálica, lleva a una ley de hierro. Si la toxicomanía rompe con el goce fálico, su goce afecta al cuerpo a la manera del goce femenino, no localizado, goce místico. La ferocidad del goce femenino, ferocidad del superyó materno que exige un máximo rendimiento para todos, tiene como límite la propia muerte. Es ahí que podemos distinguir la posición femenina, no-toda, de esa aspiración a la femineidad, para todos, como aspiración a un goce sin límites.

La otra manera por la cual el imperativo de goce encuentra sus límites, dice Laurent, es el amor, en la medida en que el amor introduce la falta, un vacío, y que localiza en el Otro el objeto que falta. Una vez que el amor depende del Otro, ese encuentro termina por ser siempre falta, y es ahí que el sujeto puede intentar evitar ese encuentro con la falta aferrándose a un objeto plus-de-gozar, sea en su fantasma, sea a través de un síntoma. Me parece que ahí hay una diferencia entre el objeto plus-de-goce del fantasma neurótico, marcado por la falta fálica, y los objetos de goce ofrecidos en el mundo globalizado, a pesar de que la sexualidad del sujeto neurótico esté cada vez más marcada por modalidades de goce autoerótico.

En las toxicomanías, el objeto droga puede operar como un verdadero tapón de la división subjetiva, de ahí la dificultad de conectar el sujeto al Otro. El sujeto buscará tratamiento, entonces, cuando la precariedad de su estado lo aproxima a la muerte, por un lado, o cuando localiza en el Otro el objeto que falta. Laurent propone cuatro modalidades de tratamiento posibles para el toxicómano: con el \$, el S1, el S2 o el a. En el primer caso, se trata de dejar el objeto de lado y hacer surgir la división subjetiva, lo que no es nada fácil. En el segundo caso, se trata de identificar el sujeto al toxicómano, de tal manera que él encuentre su S1 ideal en un grupo de ex adictos. En el tercer caso, se trata de, con el saber, intentar "educar" al toxicómano, intentando modificar, tanto cuanto sea posible, su modo de goce. Finalmente, con el objeto, tendríamos los tratamientos de sustitución, y los derechos vinculados al tratamiento, que le darían otros modos de goce. Es a través del objeto, en todo caso, que es posible reconectar el sujeto al Otro.

Margarida Assad: Como consecuencia de la pregunta anterior, ¿habría entonces un modo particular de tratamiento para la toxicomanía desde el abordaje que proponen las políticas públicas actuales en los tratamientos del alcohol y las drogas? Aunque no se retiren las adicciones del conjunto de los síntomas, ¿cómo nos orientamos respecto de este goce específico del toxicómano una vez que, como hemos debatido en el ámbito de la AMP, se trata de un goce que no pasa por el Otro ni por el falo?

Elisa Alvarenga: No pasar por el Otro o por el falo implica un corto-circuito del fantasma, lo que nos lleva a pensar que la legalización de las drogas no disminuiría el consumo, aunque incida sobre el tráfico. La discriminación de las drogas es uno de los puntos más debatidos actualmente, entre los responsables de las políticas de salud y de la elaboración de las leyes. Descriminalizar puede desinflar el tráfico, pero ¿estimularía el consumo? Sería necesario pensar la cuestión para cada droga, sin generalizar.

En cuanto al tratamiento de la toxicomanía, me parece posible rehacer un lazo con el Otro a partir del objeto que es la droga y del goce que sacrifica el cuerpo. Desde el momento que no se exija del toxicómano la abstinencia absoluta, será posible hablar con él. Este es el principio, creo, de la política de reducción de daños, y ya existen profesionales que trabajan específicamente dentro de esta perspectiva, en los centros de salud, etc. En muchos casos, sabemos que el propio sujeto pedirá su internación y su abstinencia, pero eso no impedirá su eventual recaída. Sin embargo, la internación no debe ser descartada, como tampoco pensada como solución. Muchas veces el tratamiento sólo tendrá inicio en condiciones extremas, cuando el sujeto encuentra el límite de la pulsión de muerte. En otros, lo que funciona como límite es el desencadenamiento de síntomas psicóticos. Según la estructura subyacente, será más o menos fácil reconectar el sujeto al Otro.

En lo que concierne a la política del psicoanalista en el tratamiento del toxicómano, podemos decir que el psicoanalista no busca la homogeneidad ni tampoco la abstinencia para todos. "La salvación por los desechos", título de un texto de Jacques-Alain Miller, nos recuerda que no operamos sólo con el significante, sino también con el elemento de goce. Por eso usamos la categoría de "extimidad", donde se presenta la posibilidad de, con el objeto, conectarse al Otro.

Lo que me parece interesante resaltar es que, nosotros, los psicoanalistas no somos higienistas, o sea, no pensamos tratar al sujeto para que él se libere de sus objetos de goce. Sí pensamos que podemos conectarle al Otro y eventualmente, al inconsciente, y moderar el goce auto-erótico, abrirle el horizonte para que él tenga más oportunidades de elegir, introduciendo una dosis de contingencia en lo necesario del síntoma, pero sólo sabremos lo que es posible uno por uno.

Con la última enseñanza de Lacan, no pensamos en una transformación radical del sujeto, sino en nuevos arreglos de su goce. La operación analítica camina en el sentido del no-todo, en la medida en que descompleta, inconsistente, abriendo la posibilidad de que allí donde el objeto se presentaba apenas en su faz de plus-de-gozar, podamos vaciar o desubstancializar el objeto, tanto cuanto posible, para dar lugar a la falta y al deseo.

Pero como dice Laurent, los objetos no dejan de ser maneras de conectarnos al Otro, y no debemos idealizar una relación con el otro sin los objetos de goce. Por eso no colocamos en

primer plano la abstinencia, sino una política de reducción de daños, en la medida de lo que es posible para cada uno, en cada momento. Es en ese sentido que el psicoanalista no propone la homogeneización, ni tampoco la inclusión – a la cual algunos pueden resistir con bravura – sino que acompaña a cada sujeto en la invención de soluciones parciales.

La clínica con el toxicómano, orientada por el psicoanálisis, tiene mejores perspectivas con la segunda clínica de Lacan, continuista, donde las soluciones son graduales, según las modalidades de conexión con el Otro y con la significación fálica. Aquí vale el principio de que el deseo del psicoanalista es el deseo de la diferencia, de soluciones singulares. En una enfermería de mujeres donde muchas son consumidoras de drogas, por ejemplo, se encuentran las más variadas posibilidades, desde aquellas pacientes que usan la droga para ir a trabajar o que se vinculan con el tráfico para tener cómo sustentar a los hijos, hasta aquellas francamente delirantes, desorganizadas.

Entre un extremo y otro, tenemos las figuras de la devastación materna, donde el goce de la droga se articula al goce de la privación, llevándolas a perder todo. De un lado las figuras de la transgresión, donde acting-outs y pasajes al acto resultan una tentativa de convocar un padre que no opera. En otros casos la toxicomanía camina junto con otros síntomas prevalentes de la actualidad, tales como la obesidad mórbida y la depresión. Y hay los casos en que la droga es el medio a través del cual la paciente se identifica al Otro del goce, muchas veces presente en su historia bajo la forma del padre toxicómano o traficante.

Si, como nos propone Miller, el discurso contemporáneo está próximo al discurso analítico, una vez que el objeto a no comanda, el psicoanálisis posibilita la articulación de los elementos que, en la contemporaneidad, están sueltos. El practicante orientado por el psicoanálisis, que tiene la experiencia de su propia diferencia, puede ayudar al sujeto a luchar contra el superyó, por un lado, como imperativo de goce, y por otro, como imperativo de la normatización.

* AME de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, ex-AE (2000-2003), Presidenta de la FAPOL (Federación Americana de Psicoanálisis de Orientación Lacaniana), Directora del Instituto de Psicanálise e Saúde Mental de Minas Gerais. Médica Psiquiatra, Doctorado en Psicoanálisis de la Universidad de Paris VIII.

Fuente: Extracto del texto publicado originalmente en la Revista Falasser, Delegación Paraíba de la EBP Campina Grande, 2012, p. 15-28.